

campado por sus respetos, jalonando de puntos de vista contrarios un casi su eterno tema: el de la mujer. Aquí aplica a su maestro una expresión que luego le servirá para calificar también a los humoristas, llamándole «deportivo patinador de superficies brillantes». Y le acusa: «En cuanto en su paisaje mental columbra una corza al fondo, se siente obligado a delicuescer en coruscantes galanterías». Y le pierde todo respeto y toda veneración para compararlo a «un diplomático o a un dependiente de comercio, que se siente obligado a la sonrisa, al piropo, a la confidencia y a la comprensión indulgente».

Aquí sí que el astro y su satélite están totalmente divorciados, porque aunque Caba, con toda la galanura de su palabra y toda la brillantez de su estilo, quiera atenuar el efecto, se le nota, siempre que trata de fémina, un resabio de rebajamiento que no compensa, siquiera, cuando le dedica sus mejores gentilezas, como en el intitulado ensayo de «El hogar, la plaza y la puerta de casa», ni cuando, en la página 429, escribe: «Maravilloso es, en efecto, todo nacimiento; hasta el punto que ello sólo asciende mágicamente a la mujer, embelleciéndola como madre», algo así como un eco de lo de que «toda mujer, al sentirse madre, se adoncella», de Unamuno.

Nada de esto, por muy bello que suene, lleva la fuerza de esto otro, de que el libro debiera estar purgado: «El alma de la mujer es bífida, como la lengua de la víbora. En ella se cruzan rumbos para el bien y para el mal. Nadie más generoso y abnegado que una madre tierna o una esposa enamorada. Pero también nadie como la mujer para sentir la ternura del odio, la poesía del insulto, de la afrenta o de la traición; nadie con un sentido tan voluptuoso y artístico del mal». Parece que ha puesto freno a su expansión; «Cuando la mujer es pura, todo es puro en la mujer, desde el cuerpo hasta las intenciones». Mas nuevamente se despeña: «Pero cuando en ella triunfa plenamente el «demonio de la sexualidad» y surge la harpía o la furia, todo en ella es malo, desde el aliento hasta las ideas. Es decir, que aquella dualidad de posibilidades se le vuelve unidad de realizaciones, así en el bien como en el mal. De una misma raíz psicológica brota la infinita abnegación purísima de la Hermana de la Caridad y la abyección de la prostituta».

Y casi es esto peor: «Dios no ha hecho más que una sola edición femenina, en tanto que cada varón es un ejemplar único de la insólita tirada humana».

No, desde luego, no está de acuerdo con Ortega. Pero casi en esto únicamente.

CÁSTULO CARRASCO



## Estrella de la mañana <sup>(1)</sup>

(POESÍA A LA VIRGEN)

*A mi padre, con mucho cariño.*

Una noche, (triste noche de mi vida  
saturada de amarguras y nostalgias),  
por los campos silenciosos y desiertos de mi tierra,  
con el alma entristecida... caminaba...

Las estrellas, presidiendo los espacios infinitos de los cielos,  
entonaban de la noche la fantástica romanza.  
Y las sombras de los pinos, agitados por el viento, en torno mío  
semejaban de mis penas la funesta cabalgata.

¡Tristes noches de la Vida!! Engañado por placeres pasajeros  
tus amores suspiraba  
anhelando que tus ojos se cruzasen con mis ojos,  
por los campos de mi tierra te busqué, Reina adorada.  
Mas, la noche era tan triste...

.....  
Sin embargo, entre canciones y perfumes llegó el alba.  
Perezosas, lentamente, se borraban las estrellas.  
Una sola siguió inmóvil, titilando. (¡La más blanca!)  
Y al mirarla (¿Lo recuerdas?) «¡V! tu rostro sonriente!»  
Eras Tú, que me mirabas disipando mi nostalgia.  
Eras Tú, que en tu palacio de la gloria,  
para verme... por la estrella te asomabas.

Riolobos, Junio 1949.

JOSÉ LUIS MAJADA

## A CRISTO JESUS

Esta dicha, Señor, que mi alma anega  
en dulzuras de paz nunca gozada.  
—luz y rumor de una íntima alborada  
rasgando brumas de tiniebla ciega—,

es el agua lustral con que me riega  
tu inmenso amor el alma fatigada  
de seguir embelecidos. La posada  
en el camino de una ruda brega.

El pensar que has pagado mi desvío  
con moneda de afectos extremados,  
¡cómo rinde y obliga al pecho mío!

¡Ya soy tuyo, Señor! Crucificados  
en la Cruz de tu Amor, tengo, inmolados,  
voluntad y razón, fe y albedrío.

Salamanca, 1947.

ADOLFO MAILLO

(1) El autor de esta poesía es un joven seminarista que cuenta dieciséis años de edad. Para alentarlo en sus aficiones literarias nos complacemos en dar a la estampa esta inspirada composición.